

Ana Bundgård

Universidad de Aarhus, Dinamarca
romab@hum.au.dk

Expresión del desarraigo en el exilio

Resumen

Recepción: 27 de junio de 2013
Aceptación: 8 de julio de 2013

Aurora n.º 14, 2013
ISSN: 1575-5045, págs. 8-16

El propósito de este trabajo es abordar el sentido del desarraigo en el exilio como experiencia individual de extrañamiento y pérdida irreversibles. Las reflexiones sobre los aspectos culturales, históricos y políticos del fenómeno y sus formas de expresión se exponen en la primera parte. En la segunda, se analiza la identificación entre exilio y ser que María Zambrano ejemplificó con las figuras de Job y Antígona. Figuras que considero apócrifas y que reinterpretó María Zambrano para relativizar la verdad que le reveló la soledad del exilio.

Palabras clave

desarraigo, extrañamiento, formas del exilio, figuras apócrifas y anagnórisis.

Abstract

The aim of this article is to address the feeling of dereliction caused by exile as an individual experience of irreversible estrangement and loss. The first section is devoted to a series of reflections on the cultural, historical, and political aspects of this phenomenon as well as on the ways in which it has been expressed. In the second section I analyse the identification between exile and being which according to María Zambrano were epitomized by the characters of Job and Antigone. I consider these characters apocryphal and defend the idea that María Zambrano reinterpreted them in order to relativize the truth revealed to her by the loneliness of exile.

Keywords

Dereliction, estrangement, exile and its forms, apocryphal characters, anagnorisis.

I

Pensar el exilio, adquirir conciencia del desgarro que ocasiona en los seres humanos la pérdida de lo propio, aboca a un compromiso ético, pues no se trata solo de reflexionar en abstracto sobre el desarraigo, sino de contribuir con la reflexión y el análisis del exilio

a la creación de un humanismo crítico que nos permita ver a los otros en nosotros mismos y a nosotros en el otro.

Hace tiempo que investigo la poética y las formas de expresión del desarraigo desde un enfoque comparativista e incluyendo como corpus de análisis la literatura de ficción, la historiografía, el ensayo filosófico y los discursos sociales. Dentro de ese amplio marco, el pensamiento de María Zambrano merece atención por lo que a la representación y transformación dinámica de la vivencia en el exilio se refiere, como ya he señalado en otros lugares. Evitaré repetir lo dicho, aunque alguna referencia a lo ya publicado será inevitable.¹

El exilio es un fenómeno complejo y difícil de sistematizar porque acontece en diversos periodos históricos y ofrece tanto expresiones singulares como rasgos estructurales constantes. Dada la complejidad del fenómeno, la metodología comparativista e interdisciplinar resulta la más indicada, como así también lo ha señalado Claudio Guillén:

... es útil aproximarse al diálogo entre el devenir y la repetición, o entre el cambio histórico y las estructuras evidenciadas por la repetición, de la manera que en otras ocasiones he denominado interhistórica. La interhistoricidad examina las distintas respuestas surgidas en en distintos periodos²

En esta ocasión, más allá de la cuestión metodológica que acabo de mencionar, para reflexionar sobre el exilio he tomado como referencia teórica principal diversos ensayos de Edward W. Said, uno de los críticos literarios más importantes de nuestro tiempo, palestino-estadounidense, exiliado en EE.UU., donde fue profesor de literatura comparada en la Universidad de Columbia (Nueva York) hasta su fallecimiento en 2003. Said ha definido el exilio de la siguiente forma:

El exilio es algo curiosamente cautivador sobre lo que pensar, pero terrible de experimentar. Es la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza. Y aunque es cierto que la literatura y la historia contienen episodios heroicos, románticos, gloriosos e incluso triunfantes de la vida de un exiliado, todos ellos no son más que esfuerzos encaminados a vencer el agobiante pesar del extrañamiento. Los logros del exiliado están minados siempre por la pérdida de algo que ha quedado atrás para siempre.³

Estas palabras densas y precisas de Said podrían ponerse en perspectiva con otras que Simone Weil ha escrito sobre el desarraigo:

Echar raíces quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma humana. Es una de las más difíciles de definir. Un ser humano tiene una raíz en virtud de su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros

1. Me refiero a los siguientes textos: «El exilio como «Patria verdadera» en el pensamiento de María Zambrano», en Alted, A., y Llusia, M. (dirs.), *La cultura del exilio republicano español de 1939*, Madrid, UNED, 2003, págs. 563-569; «El silencio de Job», *Antígona*, núm. 2, Fundación María Zambrano, Vélez Málaga, 2007, págs. 6-19; «Exilio y trascendencia» en *Aurora. Papeles del Seminario María Zambrano*, núm. 8, Universidad de Barcelona, págs. 83-89.

2. Guillén, C., *El sol de los desterrados: Literatura y exilio*, Barcelona, Quaderns Crema, 1995, pág. 13.

3. Said, E. W., *Reflexiones sobre el exilio*, Barcelona, Debate, 2001, pág. 179.

4. Weil, S., *Echar raíces*, Madrid, Trotta, 1996, pág. 51.

5. Said, E. W., *Reflexiones sobre el exilio*, Barcelona, Debate, 2001, pág. 179.

6. Weil, S., op .cit., pág. 109.

7. Ilie, P., *Literatura y exilio interior*, Madrid, Fundamentos, 1980, pág. 16.

8. Abellán, J. L., *El exilio como constante y como categoría*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pág. 17.

9. Abellán, J. L., op. cit., págs. 18-25.

del pasado y ciertos presentimientos del futuro. Participación natural, esto es, inducida automáticamente por el lugar, el nacimiento, la profesión, el entorno. El ser humano tiene necesidad de echar múltiples raíces, de recibir la totalidad de su vida moral, intelectual y espiritual en los medios de que forma parte naturalmente.⁴

Ambas citas se complementan. En la primera, los términos clave que aluden al desarraigo irreparable son «grieta», «tristeza», «extrañamiento» y «pérdida» irreversible. En el segundo caso, Weil relaciona el daño del despojo con la necesidad de echar raíces que a su juicio tiene el alma humana. Sin embargo, Weil vio con una lucidez subrayada por Said,⁵ y que yo suscribo, que los remedios contra el desarraigo que ocasionaron las guerras, deportaciones y exterminios masivos del siglo xx, podían ser tan peligrosos como el desarraigo que dichos remedios pretendían eliminar. Uno de los más peligrosos de esos remedios, señalado por Weil, es el estatismo de los regímenes totalitarios que, en nombre de la patria, exigen del individuo fidelidad absoluta, entrega total y sacrificio supremo.⁶

El exilio cuenta con una larga trayectoria histórica, es uno de los primeros fenómenos sociales de la historia del hombre. El primer caso registrado se remonta al año 2000 antes de Cristo en el cuento en el papiro de Sinuhé.⁷

Por lo que al contexto español se refiere, José Luis Abellán ha escrito que «la reiteración de los exilios es una constante de la historia de España desde el momento mismo que se constituye el estado moderno» en 1492, hasta el punto de que este fenómeno en el caso español, dice Abellán, no responde a circunstancias de carácter coyuntural, «sino que proviene de una causa estructural y en cierto modo constitucional», cuyo fundamento estaba en «la identificación de la unidad política con la unidad religiosa» realizada por los Reyes Católicos.⁸

Desde el Renacimiento hasta la abolición definitiva del Santo Oficio en 1834, el hecho cultural de la intolerancia y la mentalidad inquisitorial serán constantes en la práctica política en España.⁹

En la primera mitad del siglo xx culminó en Europa la práctica del exilio como consecuencia de los fascismos y totalitarismos. En lo que llevamos del siglo xxi, el desarraigo humano ha aumentado debido al llamado choque de civilizaciones, a los conflictos étnico-religiosos en Israel y en el mundo árabe, a los nacionalismos radicales y a los desplazamientos masivos de emigrantes y refugiados en el mundo globalizado.

La literatura de ficción, el ensayo filosófico, los estudios de la memoria del Holocausto son fuentes idóneas para conocer desde dentro y comprender en profundidad el abandono que sufren los expatriados por razones políticas, económicas o sociales. El exilio

se hizo en el siglo xx principio estético y ético, y contamos hoy con obras de grandes autores, muchos de origen judío, que han reflexionado sobre la experiencia del desarraigo. Entre ellos, hay poetas, filósofos, teóricos de la cultura, historiadores, literatos y artistas.¹⁰ Hombres y mujeres desplazados que, habiendo dejado voluntariamente o por necesidad el país de origen, contemplan el de llegada con mirada distanciada y extrañamiento, pues, como escribió María Zambrano en «Carta sobre el exilio» (1961), el destierro les llevaba a sentirse como «españoles sin España. Ánimas del purgatorio [...]. Memoria que rescata» lo irrenunciable de la historia sumergida.¹¹

Los escritores desarraigados de lo propio durante el siglo xx y lo que llevamos del XXI adoptan por regla general una actitud crítica frente a la cultura occidental posilustrada, les preocupa dejar testimonio del daño y la injusticia del exilio y se esfuerzan por mantener viva la memoria de historias individuales suprimidas por quienes detentan un poder totalitario o por quienes dan prioridad al progreso sin paliativos. Afrontan éticamente la cuestión de cómo pensar racionalmente y transmitir en la escritura una experiencia en principio inefable como es el vivir en exilio. Una y otra vez esos autores se preguntan y preguntan a sus lectores, apelando a nuestra toma de posición ética, cómo hacer verosímil en la escritura la verdad del desarraigo humano constante a lo largo de la historia. Pero también son frecuentes los casos de escritores que, expatriados voluntariamente, buscan el exilio convencidos de que del desprendimiento de lo propio y del aislamiento emergen situaciones esenciales propicias para la creación de una poética que aprehenda en todo su alcance la condición humana.

Las formas en las que el sujeto expresa el desarraigo en el exilio dependen directamente de las circunstancias que le llevaron a abandonar el país. Edward Said considera necesario establecer algunas distinciones entre exiliados, refugiados, expatriados y emigrados, pues si bien es cierto, dice, que todos ellos pueden compartir la soledad y el extrañamiento del exilio, no sufren todos, sin embargo, las mismas proscipciones. Los expatriados viven voluntariamente en un país extraño por razones personales o sociales, mientras que la condición de los emigrados es más ambigua, ya que pueden emigrar por libre elección, por razones de trabajo o para cubrir en otro país las carencias más elementales de la vida diaria que no pueden cubrir en el de origen. La palabra «refugiado» es un término político que se aplica a las masas de personas que requieren urgente ayuda internacional. En contraposición a este término, dice Said, el de «exiliado» «lleva consigo un toque de soledad y espiritualidad».¹²

Ahora bien, con independencia de cuál haya sido el origen y la causa del destierro, aclara Said, «los exiliados son siempre excéntricos que *sienten* su diferencia (aun cuando la exploten con frecuencia) como una especie de orfandad».¹³

10. Se podrían mencionar, a modo de ejemplo, algunos de los más destacados escritores: Stefan Zweig, Joseph Conrad, Walter Benjamin, Erich Auerbach, Thomas Mann, Theodor Adorno, Paul Celan, Primo Levi, Vladimir Nabokov, Joseph Brodsky, Salman Rushdie, John Berger, V. S. Naipaul, Milan Kundera, Julia Kristeva, Tveztan Todorov. Habría que añadir una larga lista de escritores y filósofos españoles del exilio de 1939, imposible de reproducir aquí.

11. Zambrano, M., «Carta sobre el exilio» en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, núm. 49, París, 1961, pág. 69.

12. Said, E. W., *Reflexiones sobre el exilio*, ed. cit., pág. 188.

13. Said, E. W., op. cit., pág. 189.

14. Zambrano, M., *Delirio y destino*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1989, pág. 266.

15. Caudet, F., «¿De qué hablamos cuando hablamos del exilio republicano de 1939?» en *Arbor*, CLXXXV, 739, 1963, pág. 99.

16. Muñoz Molina, A., *Sefarad*, Madrid, Alfaguara, 2001.

Y es que, independientemente de la razón que haya llevado al abandono de lo propio, los exiliados son estigmatizados en el país de acogida por el hecho de ser extranjeros, y, en consecuencia, son objeto de extrañamiento, alienación, marginación y orfandad. Así lo describió Zambrano en *Delirio y destino*:

Eran ya diferentes. Tuvieron esa revelación: no eran iguales a los demás, ya no eran ciudadanos de ningún país, eran exiliados, desterrados, refugiados... eso, algo diferente que suscitaría aquello que pasaba en la Edad Media a algunos seres «sagrados»: respeto, simpatía, piedad, horror, repulsión, atracción, en fin... eso, algo diferente. Vencidos que no han muerto, que no han tenido la discreción de morirse, supervivientes.¹⁴

El exilio, como refleja la escritura que lo representa metafóricamente, es una condición irreversible, un umbral que al ser atravesado marca la diferencia entre lo propio y lo otro. Después del destierro, el exiliado vive con la experiencia de que el tiempo se agota, que vive muriendo, como enmurallado o «enmurado», dice Zambrano, abierto a la emergencia del ser en situaciones límite y cerrado a la realidad exterior, a las circunstancias y a la historia. Y es que el exilio es quiebra trágica, herida que no parece tener cura,¹⁵ experiencia difícil de objetivar en el discurso pretendidamente científico de la historiografía y que, en cambio, la literatura de ficción, la poesía y las artes en general logran representar y transmitir con recursos estéticos y recorridos figurativos diversos. Un ejemplo emblemático sería a mi juicio «la novela de novelas» *Sefarad*¹⁶ de Muñoz Molina, que trata de los distintos rostros de la diáspora y de las múltiples formas de exilio, político, étnico, existencial, cultural y metafísico. Novela híbrida, entre ensayo y ficción, que rememora el Holocausto y el desarraigo de personajes ficticios y de seres reales que han sufrido la persecución en su país y el abandono y la marginación en tierras extrañas. Novela excepcional que hace consciente al lector de que el límite entre lo íntimo y lo extraño, entre vida y muerte, libertad y terror, dignidad humana e ignominia es un hilo frágil, quebradizo.

La vivencia del desarraigo ha generado en Occidente y Oriente una abundante literatura memorialista, heterodoxa y crítica de los discursos del poder y de la historia oficial. Aun así, y sin negar esa realidad, Edward Said ha cuestionado las representaciones literarias del exilio y duda de que este sea ni estética ni humanísticamente comprensible. Esto lo expresa Said con su habitual radicalidad crítica en los términos siguientes:

¿Acaso no es cierto que las miradas del exilio en literatura y, por otra parte, en la religión ocultan lo verdaderamente horrendo, que el exilio es irremediabilmente secular e insoportablemente histórico, que es producto de la acción de los seres humanos sobre otros seres humanos y que, al igual que la muerte pero sin la clemencia final

de la muerte, ha arrancado a millones de personas del sustento de la tradición, la familia y la geografía?¹⁷

María Zambrano suscribiría sin duda las palabras citadas, análogas a las que ella escribió al referirse a los republicanos exiliados en 1939 que huyeron de la represión de los vencedores, sintiéndose posteriormente en «ninguna parte», «sintiéndose en parte alguna del planeta, como sucede en el centro del océano, cuando el alma no siente la señal de la presencia de la tierra».¹⁸

II

Los españoles exiliados en 1939 han dejado testimonio de sus formas diversas de ver y vivir el desarraigo. Algunos de ellos, sin olvidar el trauma de la guerra, consiguieron transformar la experiencia negativa del destierro y vivirlo no como muerte, sino como un nacimiento en el país de acogida. En 1989, con motivo de un Homenaje a los Profesores Eméritos celebrado en la Universidad Autónoma de México, el filósofo catalán Eduardo Nicol pronunció un discurso cuyas palabras iniciales merecen ser recordadas, porque abren un espacio de reflexión al que me referiré más adelante. Dijo Nicol lo siguiente sobre su experiencia:

No cuenta aquí lo que pudimos hacer o ser antes, allá. Nosotros nacimos en 1939. Cuenta ahora lo que ha sucedido después de aquel nacimiento, que nos alejaba de la madre, con una tristeza que no tendría fin ni consuelo. Fue un parto doloroso. En algunos fomentó un sentimiento incurable de nostalgia. En otros, un deseo de no pensar más en todo aquello, y de librarse por entero al futuro. Para alguno, la soledad y el llanto produjo como una concentración interior, una manera de convertir la desesperación en tesón vital, en promotora de trabajo.¹⁹

En esta cita se encuentran representadas las dos actitudes que desde la Antigüedad ha adoptado el sujeto ante la realidad irreversible del exilio, la actitud de quienes lo afrontan como un desafío y la de aquellos que, con añoranza y nostalgia, denuncian la amputación que conlleva el destierro.

Ahora bien, las dos respuestas no se manifiestan siempre en contraposición, lo más frecuente es que en el marco de una misma obra aparezcan yuxtapuestas como expresión del proceso dialéctico que acontece en la conciencia del sujeto exiliado y que va del extrañamiento y sentimiento de despojo al reconocimiento de que lo que se ha perdido no es el hogar o los vínculos con la tierra natal de uno, «sino que la pérdida es inherente a la existencia misma de ambos».²⁰

Entre los exiliados en 1939, María Zambrano se distingue justamente por haber pensado y descrito la vivencia del desarraigo en el exilio

17. Said, E. W., op. cit., pág. 180.

18. Zambrano, M., op. cit., págs. 266-267.

19. González, J. «Los maestros del exilio español: un modelo de enseñanza» en *Maestros del exilio español*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de México, Colección Cuadernos de Jornadas, México, 1993, pág. 9.

20. Said, E. W., op. cit., pág. 194

21. Zambrano, M., op. cit., pág. 17.
22. Zambrano, M., «Amo mi exilio» en Mercedes Gómez Blesa (ed.), *Las palabras del regreso*, Salamanca, Amarú, 1995, pág. 14.
23. El término «egocentricidad» procede de Tugendhat, E., *Egozentrität und Mystik*, Múnic, Verlag C. H. Beck, 2003. La relación entre mística y egocentricidad en María Zambrano la he desarrollado en mi libro *Un compromiso apasionado. M. Zambrano: una intelectual al servicio del pueblo* (1928-1939), Madrid, Trotta, 2009, págs. 14 y 276-278.
24. Véase Zambrano, María, «Carta sobre el exilio», ed. cit., págs. 67-68.
25. Zambrano, M., *La tumba de Antígona*, Madrid, Mondadori, 1989, pág. 23.

como un proceso ascendente que arranca del abandono radical y que culmina con la toma de conciencia de que lo propio del hombre, lo intrínseco a él, es la caída o expulsión como resultado de la aspiración humana de querer poseer el universo: «Nacer es proyectarse en un ser que aspira a la posesión del universo». ²¹ Despojarse de esa aspiración ambiciosa y destructiva sería el proyecto vital de Zambrano en el exilio y la fuente de donde brota su metafísica experiencial creadora. Paso a paso, dice Zambrano, recorre el sujeto refugiado en un país extranjero un camino que se inicia con la esperanza del regreso y que acaba cuando el refugiado se convierte definitivamente en exiliado, al tomar conciencia de que el destierro es irreversible y que sobrevivir es avanzar por un desierto sin fin, de exilio en exilio. Alcanzado ese punto, el exilio llega ser una «verdadera patria», irrenunciable después de que se la conoce. ²²

Terminada la segunda guerra mundial y perdida la esperanza de regreso a su país, Zambrano se concentrará con tesón vital en la elaboración de una nueva metafísica, cuyo foco de atención será la expresión de la interioridad entrañada del sujeto, el «centro», sede de un sentir originario de religación con lo trascendente más allá y al margen de las circunstancias históricas, geográficas o culturales. El desarraigo radical del exilio desemboca en el caso de Zambrano en la experiencia de revelación o emergencia del ser que impregnará la poética y ética de la escritura de la pensadora. Este proceso tiene causas históricas concretas, de hecho, los ensayos que escribió nuestra autora entre 1945 y 1975 muestran una clara interacción dialéctica entre memoria personal, memoria histórica y voluntad de inmersión en una negatividad constructiva, es decir, creadora. El desenlace de la segunda guerra mundial, con el posterior reconocimiento del régimen de Franco por parte de los Estados Unidos, fue para Zambrano, como para la mayoría de intelectuales republicanos exiliados, un duro golpe que ella superó con el giro hacia la mística como método para relativizar la egocentricidad ²³ de la vivencia en el exilio y trasponer cuestiones políticas en clave espiritual. La visión utópica de una democracia en función de la persona es buen ejemplo de esta evolución que aquí apunto, ya estudiada a fondo por otros investigadores del pensamiento zambraniano.

Zambrano se vale de múltiples figuras ²⁴ para representar simbólicamente el sentimiento de despojo, extrañamiento e inocencia del exiliado. Entre ellas destacan Job y Antígona, que simbolizan la relación entre exilio y revelación de una verdad trascendente que la «historia apócrifa asfixia casi constantemente», y que «la razón poética se afana en rescatar». Desposeyéndose, desenraizándose, inmolándose, asimilándose al cordero bíblico, recibe el sujeto una verdad de la cual nuestra autora se siente depositaria y responsable de transmitir. ²⁵

Job y Antígona son imágenes simbólicas de los extremos de lo humano e inhumano y que por ello se prestan a múltiples interpre-

taciones con independencia de lo que su creador haya dicho originalmente sobre ellos. María Zambrano en «El “libro de Job” y el pájaro» (1969 y 1973)²⁶ y en *La tumba de Antígona* (1967)²⁷ reinterpreta respectivamente el libro bíblico y la tragedia de Sófocles con el fin de rescatar la anagnórisis que a su juicio alcanzan ambos personajes y que sus respectivos autores, según Zambrano, por error ignoraron. Utilizo el concepto «apócrifo» con el significado que le dieron S. Kierkegaard, F. Pessoa y Antonio Machado. Se trata de un recurso literario idóneo para relativizar experiencias personales y establecer puentes entre lo particular y lo universal, entre sentimiento y razón.

En la reinterpretación de Zambrano, Job es el arquetipo del hombre nuevo que anticipa la revelación cristiana distanciándose de la antigua ley hebrea. La queja del personaje bíblico tiene, en opinión de la autora, carácter de preconfesión hecha a viva voz para expresar la verdad trágica de un sujeto que despierta al ser a causa del abandono radical injusto de Dios. A juicio de Zambrano, Job conlleva la paradoja del ser humano, a quien su propio ser se le revela solo en situaciones límite y en abandono radical. Job sigue el proceso de toma de conciencia iniciado con Adán, aunque sin haber sufrido expulsión alguna, pues el despojo de lo propio que sufre Job es consecuencia de una prueba a la que lo somete Dios con el fin de demostrarle a Satanás la fuerza de la virtud de su criatura. Exiliado de Dios, Job, siendo inocente, cae en un estado de despojo absoluto e injusto que según la interpretación de nuestra autora lo enriquece con la conciencia de «su originaria infinitud», ciencia que estaba «en lo más adentro en sus vísceras»,²⁸ añade. La sabiduría que penetró en las entrañas de Job no era la que procedía del Dios hacedor del Viejo Testamento, afirma nuestra autora, sino la sabiduría vivificante del Espíritu, representada por el pájaro simbólico, avestruz o gavilán del relato bíblico. El Espíritu había puesto en Job una de sus semillas, gracias a lo cual trascenderá el despojo que padece injustamente al adquirir conciencia de que el Señor de la creación no abandona a sus criaturas, como tampoco el avestruz o águila abandonan a sus crías en el relato bíblico.²⁹

Antígona, de forma semejante a Job, es, según la terminología de Zambrano, una «figura auroral» y, en mi opinión, un heterónimo o figura apócrifa de la autora y de su hermana Araceli, a la vez que es arquetipo de la condición humana, pues la voz de Antígona en la tumba donde sobrevive recoge la verdad que es revelada a todas las víctimas de la historia sacrificial.

Como ha escrito Claudio Magris:

Antígona no pertenece solo a la literatura; es una obra que en sus raíces afronta las pasiones, contradicciones y desgarros del ser humano y es por ende una obra filosófica y religiosa. *Antígona* es un texto de esa filosofía y de esa religión que para entender concretamente la vida no

26. «El «libro de Job» y el pájaro» fue publicado por primera vez en 1969 y en 1973 María Zambrano lo incorporó a *El hombre y lo divino*, México, FCE.

27. Existen varias ediciones de esta obra. La primera es de 1967; la edición utilizada en este trabajo es la de Mondadori, publicada en 1989.

28. Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, México, FCE, 1986, pág. 407.

29. Para la lectura de un análisis completo, véase Bundgård, A., «El silencio de Job» en *Antígona*, núm. 2, Fundación María Zambrano, Vélez Málaga, 2007, págs. 6-19.

30. Magris, C., *Utopía y desencanto*, Barcelona, Anagrama, 2001, pág. 269.

31. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, pág. 41.

pueden limitarse a la formulación teórica de la verdad, sino que hunden la verdad y su búsqueda en la realidad de la vida misma...³⁰

En la versión de Zambrano, la tragedia de Antígona no consiste, como ocurre en otras interpretaciones, en la contradicción entre las leyes escritas de la ciudad y las no escritas de los dioses. La tragedia del personaje apócrifo zambraniano es, por así decirlo, póstuma, pues consiste en su deseo de querer vivir muriendo, enmurada en la cueva adonde la envía Creonte, sobreviviendo, sin tiempo ni lugar, como exiliada, a la espera y a la escucha de la palabra que dé sentido a la existencia.

Zambrano rescata el mensaje ético de su figura apócrifa, concediéndole el tiempo que le negó Sófocles al permitir que Antígona se suicidara antes de entrar en la tumba. En el más absoluto abandono, la Antígona recreada por Zambrano vislumbra un destello de luz en la oscuridad, un claro que se abre en el bosque de la historia y que le revela sin desvelarla la existencia de una patria suprahistórica, que acoge en su seno a los bienaventurados, seres despojados, marcados para el sacrificio en aras de una verdad que no pertenece a la historia.

La conciencia que adquiere la apócrifa Antígona es la misma que alcanzó Zambrano en su exilio histórico, durante el cual con voluntad creadora y pasividad receptiva logró, sobreviviendo al naufragio del exilio, entrar en un espacio de revelación, donde se entra, «a ser tan solo».³¹ Experiencia de unión del ser con el fondo último de la realidad: lo sagrado. Visión que no es reductible a análisis racional, pues se trata de un saber recibido por donación y revelación.

Zambrano alcanzó ese saber de experiencia después de haber atravesado el desierto sin horizontes del exilio. Solo después de haber vivido «enmurada» como su Antígona, recobró su alma una «patria verdadera» y con ello alcanzó la plenitud que Hugo de San Víctor describe en *Didascalion*:

El hombre que encuentra que su patria es dulce no es más que un tierno principiante; aquel para quien cada suelo es como el suyo propio ya es fuerte; pero solo alcanza la plenitud aquel para quien el mundo entero es como un país extranjero.

Sin embargo, aun existiendo esa plenitud, no quisiera terminar sin repetir las palabras de Said que cité al comienzo: «El exilio es algo curiosamente cautivador sobre lo que pensar, pero terrible de experimentar».

